

Si Dios existe, todo es diferente

Luis M^a Armendáriz

En tiempos en que su nombre y su figura pierden espacio y relevancia, quisiera resaltar la importancia fundamental que la existencia de Dios tiene para la vida humana.

Si resultase, como espero mostrar, que la afecta por entero y que lo hace a fondo y en positivo, no nos faltarían razones para hablar hoy, con sentido y sin complejos, de Dios, que es lo que nos corresponde como creyentes y lo que esperan de nosotros quienes no lo son. En su cruce de cartas con J. I. González Faus, editadas con el título «Sin Dios o con Dios? (Ed. Hoac, 2002, pp. 69-70), el agnóstico I. Sotelo muestra su extrañeza ante la «poquísima gente entre los creyentes» que habla de Dios. ¿No tendrá razón en el diagnóstico y en la extrañeza?

En un primer momento compararé mi afirmación («Si Dios existe, todo es diferente») con otras dos de parecido tenor pero de distinto sentido que han tenido amplia repercusión. Luego trataré de refrendarla con dos pasajes bíblicos, uno del Antiguo y otro del Nuevo Testamento.

Por contraste con otros enunciados

«Si Dios no existe, todo está permitido»

Esta frase pertenece, como es bien sabido, a F. Dostoiewski y figura en su obra *Los Hermanos Karamazov* (Ed. Aguilar, 10.^a, 1973, 457). Aunque la escribió en 1880, no envejece,

sino que reaparece siempre que se habla modernamente sobre Dios, es decir, cuando su existencia se pone en relación no tanto con la naturaleza cuanto con la historia humana y con la vida de cada uno.

Yo mismo me he dejado inspirar por ella al elegir título. Y el parecido no es sólo externo. Aunque Dostoiewski lo exprese en negativo (si Dios no existe...), y yo en positivo (si Dios existe...), de ambas fórmulas se infiere la existencia de Dios.

La diferencia radica en que yo no me contento con cambiar de sitio el *no*, diciendo que «Si Dios existe, *no* todo está permitido». A eso añado la afirmación de que, si Dios existe, no sólo se da una diferencia radical entre el bien y el mal, entre unas conductas y otras, sino que, al interior mismo del bien, todo es diferente.

Ninguna de ambas fórmulas pretende demostrar *directamente* la existencia de Dios, sino poner de relieve las consecuencias, caóticas y terribles según el escritor ruso, hondamente frustrantes, según mi parecer, de su no existencia. Ciertamente que eso mostraría indirectamente la profunda coherencia y la gran importancia de la fe en Él.

Es bien sabido, por otra parte, que la existencia de Dios no es estrictamente demostrable. «*Si comprehen-*

dis, non est Deus», dijo Agustín. En efecto, si uno cree haber llegado a comprenderlo, ya no se trata de Dios porque Éste no encaja en nuestros esquemas mentales. Los desborda siempre. Por eso mismo, tampoco se puede demostrar que no existe. Sin contar con que el acercamiento a Él reclama no sólo nuestra razón discursiva, sino también la afectiva, la ética y la estética, unidas a la atención que hay que prestar al eco que tal fe ha despertado durante siglos en la cultura humana.

Pero lo que ante todo demanda el acceso a Él es el ejercicio de nuestra libertad. Sería inconcebible que al abordar la realidad más grande que existe pudiésemos ahorrarnos la más característica y excelsa de nuestras capacidades. Ahora bien, para que nuestra libertad entre en juego habremos de ir, no en contra, pero sí más allá de nuestras razones y aventurarnos a optar. Si Dios fuera evidente o demostrable, la fe en Él no sería libre y no estaría a la altura ni de Dios ni de nosotros mismos.

No estoy diciendo, ni siquiera insinuando, que esa fe en la existencia de Dios sea irracional o que nada importe lo que la razón, interpelada también ella por Dios, pueda opinar al respecto. Desde siempre la fe la ha convocado a que mostrase lo razonable que es creer (*Rationabile obsequium vestrum*). La razón, por

su parte, ha sentido la necesidad de pensar a Dios. Pero ha ido haciendo la experiencia de que Él es «siempre mayor» y siempre sorprendente, y de que no existe camino más equivocado para dar con Él que el intento de apresarle en nuestras redes, ilimitadamente capaces por un lado, ya que pueden pensarlo todo y preguntarse por todo, pero de las que se escapan, como el agua entre los dedos, las cuestiones más elementales: por qué existe algo, por qué la realidad nuestra y del mundo son inteligibles y no puramente caóticas, por qué el bien nos puede y la solidaridad y el desprendimiento nos atraen...

Cuando digo que tanto la existencia de Dios como su no existencia son indemostrables, no afirmo que lo sean en igual medida. El que niega la existencia de Dios tendrá que explicar por qué existe en nuestros anhelos, amores y penas tal margen de ilimitación, tal grado de intensidad. El creyente no necesita dar cuenta de eso: si existe Dios, todo eso se explica. Vuelve a hablar el Agustín de las grandes fórmulas: Porque «nos hiciste, Señor, hacia Ti, nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti» (*Confesiones*, 1,1,1).

Me asiste otra razón para no intentar demostrar a Dios con la razón. Si lo lograra, habría llegado únicamente a la existencia de una Causa primera,

de un supremo Hacedor, de un Juez soberano, de un Señor absoluto, pero nada habría descubierto de la actitud de ese Dios respecto a nosotros. ¿Le interesamos? ¿Nos mira con benevolencia, nos perdona, nos espera? ¿Nos ama con todos los rasgos del amor que enumera Pablo en la primera carta a los Corintios? ¿Llega al punto de querer que su Hijo comparta nuestro destino?

la existencia de Dios no es estrictamente demostrable; como tampoco se puede demostrar que no existe

Es a este Dios interesado por nosotros y comprometido con la humanidad al que quiero referirme en lo sucesivo, es decir, al Dios Padre, y no sólo Creador, al Dios en el que creemos y al que invocamos. De Él afirmo que, si ocupase en nuestras vidas el lugar que le corresponde, éstas se diferenciarían radicalmente no sólo de una existencia inauténtica, sino de una honrada y seriamente humana.

Vuelvo ya los ojos a la frase «*Si Dios no existe, todo está permitido*». Por mucho que a los creyentes nos hubiera podido halagar y confortar en otro tiempo esta reducción del ateísmo al absurdo, que establece

uno de los escritores más grandes y más preocupados por el tema Dios, hoy nos guardamos muy mucho de hacerlo y de blandirla triunfalmente contra los incrédulos.

Nos hemos ido acostumbrando a respetarles a ellos y la opción que han hecho. Opción que nos recuerda además que también nuestra fe lo es y que dentro de sí reconoce, precisamente porque ha de hacerles frente, las dudas de la incredulidad. «Creo, Señor, pero aumenta mi fe», que dijo a Jesús un padre que le pedía la curación de su hijo (Mc 9,24).

Ni se nos ocurre siquiera pensar que los no creyentes sean moralmente unos libertinos carentes de valores y exigencias. Reconocemos, por el contrario, que pueden ser honestos, solidarios y generosos. En su Documento *La verdad os hará libres*, escribieron los obispos españoles lo siguiente: «No sería intelectualmente honesto ni evangélicamente verdadero ver únicamente el fondo negativo de una cultura y de un hombre sin Dios. Porque Dios nunca deja al hombre de su mano y porque hay valores auténticos en los incrédulos que no pueden ser relegados o desdeñados sin palmaria injusticia» (n.º 29).

Repito que ese modo de ver las cosas lo hemos asimilado ya. Más aún, impresionados por la admirable

conducta personal de algunos incrédulos, y recordando quizás exclusivamente el déficit moral de algunos cristianos o de nosotros mismos, llegamos en ocasiones, en un alarde de generosidad y olvidando innumerables ejemplos de vida que tenemos en casa, a decir que los creyentes son mejores que nosotros.

Lo más delicado de esta afirmación reside en que pudiera dejar flotando la sospecha de que en la conducta humana no juega papel alguno el hecho de que Dios exista y de que la persona crea o no en Él. Sería lo mismo que decir que Dios es insignificante y que la fe se reduce a una aseveración intelectual y a unos actos de culto.

Esto sería un torpedo en la línea de flotación no sólo de la frase de Dostoiewski sino también de la nuestra. Los dos quedaríamos a solas y desprovistos de razones para afirmar lo que decimos. A solas lo estamos tal vez, pero ¿también sin razones? Aunque desmedida y necesitada de matices, la famosa sentencia de Dostoiewski mantiene la mente alerta y obliga a pensar. Y algunos estiman que mantiene su vigencia, como el filósofo Leszek Kolakowski, en su libro *«Si Dios existe...»* (Ed. Tecnos, 3.ª, 1995).

El destino de esa frase corre parejas con el del famoso «argumento onto-

lógico» de S. Anselmo a favor de la existencia de Dios, que viene a decir, como se sabe, que en la misma idea de Dios como ser perfectísimo está incluida su existencia, ya que, si careciese de ésta, le faltaría algo y cabría concebir un ser más perfecto aún.

El argumento viene siendo invalidado una y otra vez en la historia del pensamiento, con la razón de que da un salto ilegítimo del orden del pensar al del ser, de la idea a la realidad. Pero no debe de ser tan apabullante esa razón porque el argumento reaparece una y otra vez como un reto al pensamiento y lo han aceptado de hecho grandes filósofos (Tomás de Aquino, Kant...). Diríase que la razón no acaba de sacudírsele o dejarlo a la espalda. Algo parecido sucede con la frase de Dostoiewski.

Pero vengamos a la nuestra. ¿Quedamos en verdad solos y a la intemperie quienes mantenemos que la existencia de Dios hace que todo sea diferente? Quiero responder formulando a mi vez una pregunta. ¿Es posible, sin contar con la existencia de Dios, avanzar razones concluyentes de por qué hay que ser siempre honesto, generoso y desprendido, aunque ello nos cueste un alto precio, quizás el de la vida misma?

La respuesta no debe de ser tan sencilla cuando reconocidos filósofos

no creyentes no la hallan. Horkheimer escribe que «todo lo que tiene relación con la moral se basa, en definitiva, en la teología» (*A la búsqueda de sentido*, Ed. Sígueme, 1976, 105-6). Freud mismo confiesa: cuando me he preguntado «por qué he aspirado siempre a comportarme honorablemente y mostrar consideración y afecto a los demás...», aun después

¿es posible, sin contar con la existencia de Dios, avanzar razones concluyentes de por qué hay que ser siempre honesto, generoso y desprendido, aunque ello nos cueste un alto precio, quizá el de la vida misma?

de darme cuenta de que me hacía daño a mí mismo y de que llovían los golpes sobre mí porque las personas son brutales y traicioneras, no he sido capaz de autorresponderme, lo cual dista de ser razonable» (*Epistolario 1873-1939*, Biblioteca Nueva, Madrid 1963, 347).

El cristiano ha de vivir como si Dios no existiese

En el siglo XVII, un jurista holandés, Hugo Grocio, escribió una obra

clásica de Derecho Internacional titulada *Sobre el derecho de guerra y paz*. Tal derecho ha de tener vigencia, dice, «aunque concediésemos... que Dios no existe». La frase ha hecho época incluso entre los políticos. El entonces ministro Virgilio Zapatero apeló a ella en 1991 para explicar cómo hay que gobernar en un estado aconfesional.

*el que niega la existencia de
Dios tendrá que explicar
por qué existe en nuestros
anhelos, amores y penas tal
margen de ilimitación,
tal grado de intensidad*

Sin negar que esa idea surgirá tarde o temprano en un mundo secularizado en el que ya no se puede apelar a Dios para urgir al ciudadano a acatar las leyes, escribí en *Vida Nueva* (n.º 39 de 1991, p. 2023) un comentario en el que empecé situando la frase en su contexto. Grocio pretende en su libro asentar las bases del Derecho Internacional en algo que no sea ni la fuerza bruta del poder, ni el legalismo ni la arbitrariedad. Ese soporte no podrá ser otro, si ha de ser asumido por todos, que la misma naturaleza humana y la capacidad del entendimiento humano de distinguir lo

que es bueno y noble y llegar así a pactos y leyes.

He ahí el contexto y la intención de la famosa frase. Nada que objetar. Sólo que cuando ésta se cita suele omitirse a menudo un inciso que Grocio intercala. Escribe él, en efecto: «Y todo esto tendría algún lugar aunque concediésemos, *cosa que no se puede hacer sin la mayor infamia* (la cursiva es mía) que Dios no existe o que no se ocupa de los asuntos humanos» (Prolegómenos 11). Grocio por su parte no vivió como si Dios no existiese. Fue teólogo y escribió una apología sobre la verdad de la religión cristiana y comentarios al A. y N. Testamento. Afirma además que el mismo Derecho proviene de Dios de quien dependen la naturaleza de las cosas y la ley natural, realidades que Dios no puede alterar «de igual modo que no puede hacer que dos y dos no sean cuatro».

A la divulgación de la frase de Grocio ha contribuido singularmente el hecho de que lo hizo suyo y lo amplió al comportamiento del creyente en su vida, y no sólo ante las leyes, un grande y comprometido teólogo de nuestra época, D. Bonhoeffer, cuyo nacimiento tuvo lugar justo hace 100 años. Desde la cárcel de Tegel donde estuvo preso antes de ser ejecutado por orden de Hitler, escribió unas cartas que estremecieron a los creyentes y teólogos de toda Europa

y están reunidas en el libro *Resistencia y Sumisión* (Ed. Ariel, 1969).

La del 16 de Julio de 1944, nueve meses antes de morir, dice así: «Y nosotros no podemos ser honestos sin reconocer que hemos de vivir en el mundo *etsi Deus non daretur* (aunque no hubiese Dios). Y esto es precisamente lo que reconocemos... ¡ante Dios!... Es el mismo Dios el que nos obliga a dicho reconocimiento... ¡El Dios que está con nosotros es el que nos abandona! (Mc 15,34)... ¡Ante Dios y con Dios vivimos sin Dios!..., sólo el Dios sufriente puede ayudarnos» (209-10). El eco de estas palabras ha sido inmenso. Hace poco recibí por e-mail un proyecto de educación de los niños cristianos basada en dos cosas: en iniciarles, a ejemplo de Jesús, en el amor y solidaridad con los necesitados, y en enseñarles a vivir como si Dios no existiese.

Este proyecto de educación cristiana empieza por silenciar que Jesús vivió siempre de cara al Padre y precisamente desde Él lanzó esa corriente de amor y ayuda a los hijos de ese Dios. Pero además recorta abusivamente la frase de Bonhoeffer, como acabamos de ver.

Si se lee entera, se aprecia su verdadero sentido y pretensión. Representa la que llamaríamos versión protestante del abandono de

Dios que padecen sus hijos. La fórmula de una manera radical, pero correcta, cordialmente impactante y hasta alentadora. Muchos creyentes encontrarán, mirando a la cruz, una compañía y un consuelo que el mismo Dios parece en ocasiones negarles. Sin embargo, para que esa idea del abandono por Dios enuncie la verdad cabal, es decir católica, requiere mantenerla en tensión dialéctica con la verdad de la creación. Ni el Salvador deja a la espalda al Creador, ni el creyente en Aquél puede olvidar a Éste.

Pues bien, ya la fe en la creación incluye la convicción de que, cuando Dios crea, se autolimita y parece retirarse y ceder el campo a sus creaturas abriéndoles ámbitos de actividad y competencia, y muy en particular al hombre, hecho por Él a su imagen y semejanza y a quien confiaba el mundo. Si Dios no se arrepiente de esa apuesta a favor de su creación, no podrá ya interferirse en el curso de ella y de la historia o hacer de «tapaagujeros», que es lo que rechazaba Bonhoeffer. Y no sin razón, ya que, si procediese de ese modo, dejaría de ser Creador. En cuanto tal, ni es ni puede jugar a ser la más importante y poderosa de sus creaturas, ni el más maravilloso de los engranajes del cosmos. Por tanto, por el mero hecho de ser Creador, Dios nos abandona y quiere que en buena medida vivamos

«como si Él no existiese». El Vaticano II afirma que Dios ha dotado a su mundo de autonomía. La honra de ser autónomo se paga con la soledad. Así, solos, adultos, nos quiere Dios.

No es que Él haya abdicado de su poder, sino que hay que emplazar éste en su sitio, no a nuestro lado como otro de los eslabones de las causas intramundanas, sino más allá y a la vez en lo más hondo de todo haciendo que el Bien, que no es sino otro nombre de Él mismo, nos atraiga, que ansiemos derroteros de paz y de justicia, que nos pueda y sobrecoja el dolor de nuestros hermanos y nos haga inmensamente felices su dicha y la nuestra, que el mundo provoque en nosotros el triple pasmo de su existencia, de su coherencia, de su esplendor y que, por todo ello, y a pesar de todos los pesares, sintamos que tiene sentido, y nazcan dentro de nosotros esperanzas, energías, proyectos...

Esa sería la lectura compleja, es decir, católica del vivir ante Dios y con Dios «como si Él no existiese». Cierzo que siendo Cristo el primogénito, su abandono por el Padre en la cruz será también la fórmula última de nuestra soledad, cuando ésta sea hermana de la suya. Pero también la confianza y el gozo que le embargaban cuando sentía indudable-

mente cercano al Padre y hacía llegar su Reino serán los nuestros y harán que en esas y otras ocasiones no nos sintamos abandonados por Dios.

La lectura católica de la creación-salvación permite en efecto vivir con Dios y ante Dios no sólo su abandono, sino también su compañía en los momentos de dicha y plenitud, cuando de tal manera nos estremecemos de alegría y esperanza que sentimos, o vislumbramos al menos, que Él anda por ahí. En los colmos de la existencia, y no sólo en los vacíos se puede vivir también con Él y ante Él. Tanto en una visión protestante como, más aún, en la católica deja de tener sentido la contraposición que algunos tratan de establecer entre vivir en ocasiones en soledad, como adultos, y creer que Dios existe.

Si, antes de cerrar esta primera parte, evocamos aquel repetido «estar ante Dios», que escuchamos a Bonhoeffer, resultará más evidente el porqué de ese *todo* que figura tanto en la sentencia de Dostoiéwski como en la mía. Si todo cambia para nosotros cuando una persona, un ideal o un proyecto «nos comen el seso» ¿qué sucederá cuando nos situemos ante Dios o dejemos que Él nos emplace ante Sí mismo? Si es el Creador de todo, tiene que ver con todo, no sólo porque lo hizo sino

porque lo inhabita al tiempo que lo desborda. Se manifiesta y oculta a la vez en cada una de las creaturas. No hay que pensarlo como un objeto o un personaje excelso junto a los otros, sino como el horizonte que lo abarca todo sin ser abarcado por nada, como la luz que lo ilumina todo sin ser iluminada por nada, como el aire en que todo existe, se mueve y alienta, como recordó Pablo en el Areópago (Hch 17, 28).

En su conocida obra *Curso fundamental sobre la fe* (Ed. Herder, 1984, pp. 66-73), incluye K. Rahner una meditación sobre la palabra Dios. Dice que los hombres suelen emplearla para referirse al todo y al fundamento de todo. Si esa palabra desapareciese un día del vocabulario humano, ya no sería capaz el hombre de situarse ante el conjunto de la realidad ni ante su razón de ser. ¿Qué pasaría entonces? Que dejaría de ser hombre e iniciaría una evolución a la inversa, hacia el animal, eso sí un animal extraordinariamente hábil.

Por la lógica misma de la experiencia de fe

Dije que si Dios existe, todo es diferente. Es lo que me queda por tratar. Lo haré recurriendo a dos textos bíblicos que reflejan esa persuasión.

«Al principio creó Dios el cielo y la tierra...»

La experiencia de Dios en la historia de Israel y la que tuvo lugar en Jesús de Nazaret derivaron en la creencia de que ese Dios es el Creador de todo. Esta fe dio lugar, a su vez, a una comprensión del mundo que afecta a todas y cada una de las realidades, como se echa de ver en

*cuando Dios crea,
se autolimita y parece
retirarse y ceder el campo
a sus creaturas*

la primera página del Génesis. En forma de relato protológico narra lo que sucedió al comienzo de todo o, mejor, lo que es su origen y fundamento.

En un lenguaje simbólico y echando mano de conocimientos científicos irremisiblemente primitivos, da respuesta a la gran pregunta que la humanidad entera y cada uno de nosotros lleva en el corazón y nos hace definitivamente humanos: ¿De dónde proviene este universo inconmensurable del que formamos parte: del azar, de la fatalidad? ¿Será una simple peripecia del polvo estelar, un episodio entre la na-

da y la nada? ¿O seremos un momento del destino cósmico de algún Dios o tal vez el fruto de un gesto suyo de libertad? ¿Cómo es esa libertad: caprichosa, despiadada, benévola?

A esta cuestión, trascendente e inquietante como ninguna otra, res-

*cuando se oscurece Dios,
la tierra se puebla de ídolos:
el dinero, el placer, el poder,
el sexo, la raza, la política...*

ponde el relato inaugural del Génesis afirmando que hay un Dios Creador de quien todo proviene. Tal vez no paramos mientes en el cambio de visión del mundo que deriva de esa fe. La confesamos como primer artículo del Credo en cada Eucaristía dominical pero tal vez lo hacemos sin excesivo énfasis y aun con cierta rutina.

Es posible además que nos dejemos impresionar en exceso al oír cómo una y otra vez se repite a nuestro alrededor que el «creacionismo» se opone al darwinismo y, en general, a toda comprensión científica del mundo, sin advertir que esa afirmación se apoya en un equívoco fundamental que consiste en creer que, si el Creador tiene

un designio sobre el mundo y quiere llevarlo a cabo, habrá de entrometerse en el curso de la historia y en el entramado de las causas mundanas. Eso le haría científicamente observable, pero como tal cosa no sucede...

El ámbito en que se mueve y opera el Creador ni es ni puede ser el mismo que el de los seres creados. Ya dije que se hace presente como horizonte y luz de todo, y no como un objeto más. Por eso existen dos tipos de certidumbre, la científica y la de la fe, y no tienen por qué entrar en conflicto. Se puede creer en Dios y admitir la teoría científica que sea sobre la evolución mientras no desborde su competencia emitiendo afirmaciones de sentido último. No puedo alargarme más en un tema que abordé detenidamente en mi libro *Hombre y mundo a la luz del Creador* (Ed. Cristiandad, 2001, 531 ss). Quien desee conocer los debates recientes entre creacionismo y las nuevas teorías sobre la evolución puede leer el pliego del científico J. R. Lacadena en *Vida Nueva* del 22 de abril de 2006.

Dejando de lado ese falso debate, pensemos en positivo lo que supone dar crédito al Creador cuando, según el Génesis, miró cuanto había hecho y «vio que todo era bueno y aun muy bueno». Ese juicio último de valor requiere sin duda un acto

de fe, pero no tiene precio y modifica el talante básico con que afrontamos la realidad.

Pensemos en segundo lugar que, si hay un solo Dios Creador, no caben otros absolutos. Cuando se oscurece Dios, la tierra se puebla de ídolos: el dinero, el placer, el poder, el sexo, la raza, la política... Pero si amanece el único Dios verdadero, todos ellos quedan desacralizados y se desvanece como la niebla mañanera su pretendida divinidad. También esto altera a fondo la cosmovisión que cada uno tiene, y necesita tener, y cambia no sólo su actitud, sino también su actividad.

Existe y se está poniendo de moda otra forma más sutil de divinización. Se trata de un panteísmo más o menos radical. Si no llega a decir que todo es Dios, lo que resultaría tan burdo como increíble, sí afirma que las realidades cósmicas y humanas son trances, momentos, episodios de Dios mismo. Nada menos que Hegel afirmó que el mundo es el destino de Dios. Algo parecido escribe hoy Willigis Jäger en su difundido y, a mi modo de ver, no poco ambiguo libro *La ola es el mar*, que ha alcanzado ya su sexta edición (Ed. Desclée, 2005).

También esta teoría cambiaría no sólo toda la visión del mundo, sino

asimismo el comportamiento del que lo ve así. Y en eso pretende convertirse esa nueva cosmovisión, en una nueva forma de vida y aun en el nacimiento de una época nueva (*New Age*). Pues bien, la fe en un solo Dios Creador vive del presupuesto de que, como dice un Concilio, «la diferencia entre Él y las creaturas es siempre mayor que el parecido, por grande que éste pueda ser» (*Denzinger-Schömetzer*, 800). Lo cual no quiere decir que no pueda darse una estrechísima unión entre ellos, sino que ésta será libre, y por ello y aunque parezca lo contrario, más grande y fecunda, debido a que aproxima y une a los que son diferentes y mantienen íntegra en la unión su identidad.

Si ese único Absoluto es personal (no Algo, sino Alguien), se le abre además al que cree en Él la posibilidad no sólo de venerarlo en silencio, sino de dirigirse a Él en una relación no de sujeto a objeto, sino de tú a Tú. Con frecuencia olvidamos, a base de frecuentarla y sentir que nos brota espontáneamente del corazón, lo que la oración a Dios tiene de increíble y audaz. Por eso reconocemos que «nos atrevemos a decir» el *Padrenuestro*. No sólo porque somos pecadores, sino por la infinita desproporción entre Dios y nosotros. Ese nuestro yo, tan corto en años, tan frágil, puede dirigirse al Absoluto sin pavor, sin reservas y

sin que el infinito respeto a Él amiore la infinita confianza en Él. Y pregunto: ¿Es que ese encuentro con el Tú divino no puede cambiar radicalmente la vida entera del hombre si un tú humano o un ideal parecen capaces de hacerlo?

Con eso tocamos el tema del amor a Dios. En la Biblia y en nuestro lenguaje común figura como mandamiento, y por consiguiente como obligación, lo que en primer lugar es la posibilidad más increíble y maravillosa del corazón humano: poder «amar a Dios con todo el corazón, con toda al alma, con todas las fuerzas» o, lo que es lo mismo, poder creer, esperar y amar sin límites.

El pasaje de Mt 22,34-40, que trata de ese primer mandamiento, es precisamente el otro texto bíblico al que me vuelvo a continuación, ya que estimo que viene como anillo al dedo al tema que nos ocupa.

«Un doctor de la ley le preguntó para ponerle a prueba...»

Según Mateo (22,36) y Marcos (12,28), el letrado le preguntó cuál es el primero de todos los mandamientos. Lucas escribe que la pregunta versó acerca de lo que hay que hacer para conseguir en herencia la vida eterna (10,25). En los tres

relatos Jesús responde citando un pasaje capital del Deuteronomio: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas» (6,5). Ese fue y sigue siendo para Jesús el primer mandamiento. Llama, y ha llamado siempre la atención, que añada algo por lo que no le habían preguntado: «El segundo mandamiento es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Lucas prolonga el diálogo con la pregunta del letrado sobre quién es el prójimo y con la larga respuesta de Jesús que constituye la parábola del buen samaritano (10,29ss).

Esta añadidura de Jesús y esa parábola ha dado lugar a un sinfín de comentarios. Y los merece. Nunca dejará de sobresaltar a quienes les gustaría quedarse sólo con la sublimidad del primer mandamiento y su quizás cómoda inverificabilidad. Pero de esa incorporación del amor del hombre al amor de Dios no se puede concluir que el rostro de aquél pueda llegar a hacer superfluo el de Éste, que es lo que algunos parecen insinuar.

Jesús no dice que haya un solo mandamiento, sino dos, y no los llama iguales, sino semejantes. Porque, aunque el amor los una, ese mismo amor los diferencia según sea su destinatario. Amar al prójimo como a sí mismo es sin duda al-

go tan alto y exigente que muy raramente cumplimos. Pero amar con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas... queda reservado a Dios porque implica la adoración, la confianza absoluta, la esperanza sin límites, cosas todas que sería incorrecto, abusivo y sencillamente imposible dirigir al ser finito y mortal que es mi prójimo.

Tampoco en este caso límite en el que los rostros del prójimo y de Dios se acercan y se superponen, es posible al cristiano quedarse sólo con el primero y «vivir como si Dios no existiera». Cierto que al amor al prójimo hay que dejarle su espontaneidad y no es necesario, para que sea auténtico, que evoque siempre expresamente a Dios. Es incluso verdad que el amor a Dios se halla ya presente en el amor al prójimo cuando este segundo es desinteresado, generoso, sacrificado o cuando en el rostro del otro apunta un grado de ilimitación, sea de pena, sea de fascinación. Pero esto no quita que, como sucede a lo humano y a lo divino en Cristo, ambos amores sean a la vez inseparables y diferentes.

Ese amor al prójimo toma cuerpo en los que, en la tabla de los diez mandamientos, van del cuarto al décimo. Esto puede reavivar la pregunta sobre la necesidad de Dios

para el existir humano, dado que no empezaron a existir cuando Él los promulgó en el Sinaí. Son normas básicas sin las que la convivencia entre los humanos sería imposible. Por algo se encuentran en todas las culturas, no sólo en las emparentadas con Israel. Tal convivencia

*¿no sería mejor vivir
«como si Dios existiese»?*

parece capaz, por tanto, de regularse a sí misma «aunque o como si Dios no existiese».

Pero hay dos cosas que no cabe olvidar. Primera, que el Dios del Sinaí no es otro que el Creador de esa misma estructura humana que los mandamientos traducen en normas de convivencia. Segunda, que en el Sinaí los mandamientos no figuran como un mero compendio de tales normas, sino como cláusulas de la Alianza, del Pacto de Dios con su pueblo. Por eso vienen precedidos de un recuerdo fundamental: «Yo soy Jahvé, tu Dios, el que te sacó del país de Egipto, de la casa de la servidumbre» (Dt 5,6). Y por eso mismo van acompañados de una advertencia: «Tú escucharás la voz de Jahvé, tu Dios, guardando sus mandamientos» (30,10, «pegándote a Él, pues en ello te va la vida» (30,20).

Esta es la razón de que los siete últimos mandamientos vengan encabezados por los tres primeros que se refieren directamente a Dios. La relación interhumana vive a la sombra de la relación con Dios que la engloba, tutela e impulsa, lo cual es lo más opuesto a ahogarla o depauperarla. Al prójimo, siempre amenazado de que la codicia, el poder y la violencia de sus semejantes le roben la vida, la mujer o el marido, la fama, los bienes..., es Dios mismo quien le respalda.

Respaldo que se transparenta en el sobrecogimiento que su rostro produce cuando se le mira de frente y provocaba aquella elemental pregunta : ¿«por qué hemos de seguir nuestras convicciones morales, por qué en absoluto hemos de ser morales?». Pregunta que Habermas ha

vuelto a plantearse hace poco y a la que responde: «tal vez se pueda decir: sin Dios, salvar un sentido incondicional, es un intento vano» (citado por G. Faus en *¿Sin Dios o con Dios?*, 28).

A modo de conclusión

El análisis de aquellas dos sentencias de Dostoiewski y de Grocio-Bonhoeffer, y de los dos textos bíblicos parece favorecer la afirmación de que si Dios existe, todo es diferente e incomparablemente más denso de sentido y de esperanza, como lo podrá comprobar quien crea en Él. Eso me lleva a repetir, dirigiéndola a todos, la pregunta que formulé a Virgilio Zapatero en la ocasión dicha: ¿no sería mejor vivir, «como si Dios existiese»? ■